

De tales medios como estos, y otros muy devotos y espirituales, usaban para salir con ventaja en sus estudios, y encomendándose y tomando por abogado algún santo de su devoción para conseguir con su ayuda los felices sucesos y progresos que pretendían. Esto se vió y experimentó en un mancebo que siendo de corta capacidad y rudo para las letras se encomendó al Bienaventurado Hermano Luis Gonzaga, de nuestra Compañía, pidiéndole afectuosamente corriese por su mano la mejora de su habilidad, y que le alumbrase y despertase el ingenio para servir á Dios con sus estudios. No le salió en vano esta petición, porque de improviso salió tan excelente estudiante, y de tan agudo y profundo ingenio y habilidad, y con una tan grande vocación á la Compañía, que todos los que vieron el efecto, reconocieron el Patrocinio del santo, atribuyendo á mudanza sobrenatural la de su ingenio y capacidad no pensada. Finalmente, con estos y semejantes frutos y colmada cosecha, comenzó y ha ido prosiguiendo este Seminario, que ha dado á la ciudad de los Angeles y á su Iglesia varias personas de muchas prendas, doctas y honradas, que pasando adelante con sus estudios, han ocupado en ella puestos muy grandes y lucido con sus virtuosos ejemplos, á que desde su primera edad les inclinaron y aficionaron los de la Compañía, para que después diesen el fruto de señalados varones, así en las religiones como en la república. Este Seminario en lo material era bien acomodado, con sus salas capaces para la habitación del número de colegiales que en él de ordinario ha habido, cada una con título y advocación de algún santo. Y lo que más lo adornó es una hermosa y bien adornada capilla donde tienen de ordinario sus pláticas y oyen Misa. El altar es de una hermosísima Imagen de la Santísima Virgen con su Soberano Niño en los brazos, y á los pies el glorioso Patrón San Jerónimo, arrodillado ante la Madre y el Hijo, colocada en un tabernáculo de talla, obra muy acabada y de buen pincel, que ayuda á aumentar la devoción y piedad en los ánimos de esta juventud.

CAPITULO XI.¹

VIDA DEL P. DR. PEDRO DE MORALES, PRIMER RECTOR DEL COLEGIO DEL ESPÍRITU SANTO.

Aunque el P. Pedro de Morales dió fin á la carrera de su vida en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, pero á ninguna parte de esta historia se debe con mayores títulos la memoria de sus virtudes que al Colegio del Espíritu Santo de que hemos tratado, por el singular afecto que siempre le tuvo como obra suya y que podemos decir la sacó desde sus cimientos hasta dejarla adelantada en el estado en que hoy se ve. Fué el P. Pedro de Morales natural de Valdepeñas, en el Arzobispado de Toledo, hijo de virtuosos y calificados padres que le criaron en virtud y devoción. Ocupó sus juveniles años en el ejercicio de las letras, á que siempre fué inclinado y aprovechado tanto en ellas, en especial en derecho, que en breve tiempo ganó mucho nombre y opinión entre los doctos en esta facultad, y habiendo acudido después en la Cancillería Real de Granada á la abogacía, y

¹ Faltan los capítulos IX y X.

teniendo otros oficios honrosos y sido consultado para puestos mayores en otras Audiencias, considerando los riesgos que consigo traen las honras y vanidades del siglo, trató de darles de mano á todas y recogerse al puerto seguro de la religión, hollando todas las esperanzas que sus grandes partes le podían prometer. Pretendió muy de veras entrar en la Compañía de Jesús, y fué recibido en ella en la Provincia de Toledo, donde pasó su noviciado con grande edificación y ejercicio de mortificaciones. Acabado su noviciado y hecho los votos á los dos años, se sujetó á estudiar de nuevo con singular cuidado las Artes, acudiendo á sus lecciones con los demás Hermanos más mozos del Colegio, dando á todos ejemplo de compostura y modestia, y después con no menor vigilancia estudió la Teología, que acompañada con las leyes y cánones que sabía, le dió al Padre más nombre y calificación en todos los puestos en que vivió. Y como había entrado con tan gran nombre de letrado, los Padres de aquella Provincia para negocios de mucha importancia se aprovecharon de su industria, estudio y consejo en asuntos particulares y de monta que en este tiempo se ofrecieron.

El deseo que el P. Pedro de Morales tenía de dilatar la gloria de Dios y servirle donde hubiese más falta de Ministros, le trajo á las remotas partes de las Indias, pasando el año de 1576 á esta Provincia con los terceros sujetos que á ella vinieron, donde tanto como resplandeció su religión, letras y rara afabilidad, fué singular la acepción que cobró y la estima que le hacían así eclesiásticos como seculares, teniendo tanta gracia en ganar las voluntades de las personas más graves, príncipes y tribunales de este Reino con quienes trataba, que todos seguían su parecer y consejo aun en las cosas más arduas, fiando de su prudencia, poniendo en sus manos sus conciencias, sus personas y causas de mayor importancia que se les ofrecían. Y así con pocas palabras (que siempre fué parco en ellas), compuso negocios muy dificultosos, enmarañados y peligrosos que personas de autoridad y letras no habían podido por largo tiempo y con muchas razones vencer, y en llegando el P. Pedro Morales todo se allanaba y componía por sólo su respeto. Tanta era la opinión de su religión y letras.

Aconteció hallarse el Colegio del Espíritu Santo (que como hemos dicho gobernó muchos años) en necesidad muy grave y casi sin esperanza de remedio, y el Padre sin afligirse y con una grande confianza en la Providencia divina, salió por la ciudad, y el mismo día antes de volver á casa, le dieron de limosna más de ocho mil pesos para su socorro, con que quedó la necesidad remediada y el Padre confirmado á fiarse de la misericordia divina. Otra vez, habiendo quedado una doncella honrada con la muerte de sus padres huérfana y muy pobre, el P. Pedro Morales, deseoso de ayudarla, dió una vuelta por la ciudad y luego le recogió la dote necesaria para entrar á servir á Dios en un monasterio, y de este género le sucedieron otros casos semejantes que fuera muy largo el referirlos. Nació esto de tener el Padre unas entrañas de caridad con que á todos quería entrañarlos en su corazón y abrasar en Cristo. Ninguno se llegaba á él atribulado y afligido que no volviese de su presencia consolado. Todos en cualquiera necesidad y trabajo que les viniese, acudían al Padre por remedio, porque sabían que había de buscar nuevos modos y trazas para ayudarlos, por lo cual en su muerte, así los de casa como los de fuera

se dolían de haber perdido un Padre y común bienhechor de todos los de la república.

Fué muchos años Superior en esta Provincia, y en ellos se le conoció un celo ardiente de que el buen nombre de la Compañía y religiosa disciplina no se menoscabase, usando de los medios acomodados que para alcanzar este fin juzgaba necesarios. Cuidó siempre mucho del buen crédito de sus súbditos, y así, de su boca no se oía ni en público ni en secreto que hablase ó publicase sus faltas. Si alguno veía que andaba triste ó entendía que estaba disgustado, lo buscaba, y con paternal afecto lo acariciaba para quitar cualquiera ofensa y sentimiento si de su parte lo hubiese ocasionado, y con esta blandura y su buena dirección á todos los ganaba. Era puntual y exacto en seguir la comunidad aun en medio de sus mayores achaques, no permitiendo que en el refectorio se le diese cosa particular, y si una ú otra vez la admitía era por obediencia y á pura importunación de los Superiores. Entrañable y singular fué la devoción que tuvo con los santos, particularmente con San Joaquín y Santa Ana, con la Santísima Virgen y su esposo San José, procurando en cuanto pudo hacerles particulares servicios, nombrándolos con extraordinaria devoción y ternura, y tan á menudo, que en los muchos sermones que de sus fiestas predicó, había personas que por curiosidad contaban las veces que en ellos los nombraba con tanto afecto, que se echaba bien de ver cuán estampada tenía en su corazón la devoción con ellos. En las conversaciones ordinarias no se le caían de la boca sus santos nombres, ni parece que se veía harto de predicar y cantar sus alabanzas, quisiera imprimir en los corazones de todos los fieles esta devoción; y de aquí le nació el cuidado y estudio que puso en componer el libro que en honra de estos gloriosos santos sacó á luz, esmerándose cuanto pudo para que fuesen más conocidos, honrados y celebrados. Y como los santos son tan agradecidos á cualquier servicio de sus devotos y fieles amigos, no es mucho que los que el P. Pedro de Morales había escogido, como tan privados de Dios, le alcanzasen de su Majestad particulares mercedes. Ayudáronle en peligros y navegaciones, dándole buen acierto en los casos más difíciles que se le ofrecían, siendo algunos de tal calidad, que parece salían del curso ordinario y se tenían por milagrosos como él con agradecimiento refería. Estos poderosos amigos y abogados que tenía en el cielo, le daban ánimos para emprender cualquiera obra por dificultosa que fuese, sin temer adversos y desastrados sucesos, porque se fiaba de ellos y los ponía en sus manos. Entre otros casos que acerca de esto pudiéramos contar, fué el atreverse á entrar en una carabela para pasar á España desde las islas Terceras, en tiempos que, por los enemigos que infestaban el mar, era muy peligroso el viaje; razón por la cual, la flota que este año iba de este Reino no se atrevió á pasar adelante. Pero el Padre, fiado en el favor de sus singulares patronos y por servir á esta Provincia que le enviaba por su Procurador á Roma, y hallándose en la Congregación quinta General, de que tuvo noticia en las dichas Islas, prosiguió su viaje; y no le salió en vano, porque los santos le pusieron en salvo en Castilla, de donde pasó á Roma y asistió en la Congregación dicha. En ella parecieron tan bien sus letras, virtud y celo, que le señalaron para las diputaciones de mayor importancia que en aquella gravísima junta se trataron. En el poco tiempo que en esta santa ciudad,

cabeza del mundo, estuvo, ganó las voluntades de los Cardenales y otros señores de aquella Corte, como si muchos años los hubiera comunicado. Con lo cual le fué fácil impetrar de Su Santidad muchos jubileos, indultos y preciosas reliquias con que á su vuelta no sólo enriqueció los Colegios de esta Provincia, sino á otras Iglesias de todo el Reino.

Finalmente, después de haber trabajado y servido á esta Provincia el P. Pedro de Morales con grande ejemplo, fervor y celo santo, y haber gastado en ella lo mejor de su vida, le sobrevinieron muchos achaques que le dieron materia de merecimiento. El que más le apretó por algunos años, y que finalmente vino á acabarle la vida, fué un terrible y penoso mal de piedra, junto con intensos dolores y dificultad en la orina, pero los llevaba con tan grande sufrimiento y consuelo como si no los padeciera; decía varias veces que se los agradecía á Nuestro Señor, y que sería para él de mucha pena y desconuelo si se los quitase y se viera sin materia de este merecimiento. Y aunque toda su vida se estuvo preparando para la muerte, pero un mes antes de ella lo hizo con particular cuidado, encerrándose á tratar y consolarse con su Dios á solas, mostrando en sus acciones una gran resignación en sus divinas manos, estando en medio de los mayores dolores, no sólo con ánimo igual sino con alegría, y con tanto desprecio de las cosas de la tierra, que como el mismo Padre decía, ninguna le daba cuidado, porque sólo anhelaba por las del cielo. Agravósele la enfermedad, y recibido el celestial Viático para aquella última jornada, cuando le dieron la Extremaunción y le llegaron á decir que se moría, él entonces con mucha serenidad y sosiego respondió que hacía 44 años que se disponía para aquel trance y hora que ya se acercaba y él (como quien tanto se había preparado para ella) aguardaba con mucho gusto. Hacia 50 años que pedía á Nuestro Señor con una oración del glorioso San Agustín, una muerte quieta y con conocimiento de la divina Bondad, sosegada. Todo lo cual alcanzó, durando con la entereza de sus sentidos, y haciendo dulces coloquios casi hasta que dió su alma al Criador, sábado 6 de Febrero de 1614, queriéndole la Santísima Virgen llevar y premiar en día que es tan suyo. Murió de casi 76 años de edad, de los cuales vivió en la Compañía los 44 y los 38 en esta Provincia. Fué su muerte muy sentida en la ciudad de México, y sin haberse convidado gente á su entierro, acudió lo más noble de ella, así eclesiástico como secular; algunos señores de la Real Audiencia y muchos religiosos de todas las órdenes, quejaronse de que no se les hubiese dado parte para acudir en más número á su entierro. Ofició la capilla de la Catedral la Misa, sin convalidarla, y la cofradía de San Pedro que es de clérigos sacerdotes, muy autorizada y lucida, fundada en la Iglesia de la Santísima Trinidad, vino con su Abad, que era un Prebendado de la Catedral y catedrático de prima de Teología en la Real Universidad, trayendo la cera con que suele acudir á los entierros de sus cofrades. Llevaron en hombros el cuerpo algunos Prebendados y las personas más graves de las religiones, dando todos muestras del afecto que al P. Pedro de Morales habían tenido y lo mucho que lo habían estimado.

CAPITULO XII.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. ANTONIO DEL RINCÓN,
 INSIGNE PREDICADOR
 EN LENGUA MEXICANA Y MUY SEÑALADO OPERARIO EN BENEFICIO
 ESPIRITUAL DE LOS INDIOS.

Entre los esclarecidos varones con que Dios Nuestro Señor ilustró y favoreció liberalmente á la Compañía de Jesús, recién venida á este Reino, fué el fervoroso P. Antonio del Rincón, que colmado de admirables virtudes acabó su vida en el Colegio del Espíritu Santo, donde vivió muchos años para gloria de Dios y común beneficio de los fieles. Nació en la ciudad de Texcoco, cuatro leguas distante de la de México, de muy nobles y cristianos padres, los cuales le criaron en temor de Dios, en honestidad y toda virtud, y él desde niño comenzó á mostrar lo que había de ser en su edad más madura, porque ya desde aquellos tiernos años amaba y estimaba las cosas de virtud, huyendo de liviandades y niñerías. Aplicáronle sus padres al ejercicio de las letras, á que siempre mostró inclinación, y como era de vivo ingenio, en breve tiempo aprovechó mucho, aventajándose á sus condiscípulos no menos en la ciencia que en las costumbres, en que cada día iba creciendo más, y con esto juntamente crecían las esperanzas de lo que sus prendas y buenos talentos y nobleza le podían prometer en el mundo. Porque se graduó con mucho nombre en las Artes y acabó su Teología con maravilloso progreso en ella y tanta fama de estudiante, que ninguno de los de su tiempo se le igualaba. Estando ya tan adelante el virtuoso mancebo, alumbrado con la luz del cielo en el conocimiento de la vanidad de todas las cosas de la tierra, y encendido del amor de Dios y de la perfección, deseaba abrazarse con la cruz de Cristo en alguna religión, y tendiendo las velas de la consideración por todas las que florecían en este Reino en santidad, le llevó los ojos la Compañía de Jesús, que siendo recién venida comenzaba á resplandecer con la luz de su doctrina y ministerios apostólicos. Pidió ser admitido en ella y lo consiguió el año de 1573. Pasó su noviciado con grande fervor y ejemplo, comunicándole cada día el Señor nuevos rayos con que se abrasaba su espíritu en su amor y en el deseo de la conversión de las almas. Acabado su noviciado y habiendo antes aprovechado tanto en las letras, lo señalaron los Superiores por operario en el Colegio del Espíritu Santo, y fué el primero, como dijimos, que dió principio en la ciudad de los Angeles al ministerio de los indios y á la enseñanza de la juventud, confesando y predicando con tanta eficacia y celo, que bien parecía que se le había pegado de aquel espíritu y primer fervor de los apostólicos varones que vinieron á fundar esta Provincia. Y como había alcanzado tanta propiedad, elegancia y comprensión de la lengua mexicana, deseoso del mayor bien de los indios, y de que hubiese copia de obreros y Ministros entendidos que lo ayudasen, compuso un arte de la gramática de esta elegante lengua, con preceptos tan breves, claros y ajustados, que ha convidado á muchos á que la estudien, y han salido por este medio muy aventa-

dados en ella. Querer referir en particular las innumerables conversiones de gente que el P. Antonio del Rincón hizo por medio de su doctrina y predicación, las supersticiones, idolatrías y abusos infames que quitó, las enemistades entre personas particulares, y aun entre pueblos y partidos enteros que compuso y concertó, el uso y costumbre santa de confesar y comulgar que introdujo, y finalmente, la reformation de costumbres y mudanza de vida, tan nueva y maravillosa que introdujo en los indios, sería cosa muy larga y que no cupiera en breve narración. Baste decir que á él se deben casi todos los singulares frutos que de las Misiones de este Colegio dejamos ya escritos, y él fué el que con increíble celo y fervor de la gloria de Dios destruyó é hizo pedazos los ídolos que en una Misión (de que arriba hablamos) halló en la cumbre de un empinado monte, de tan áspera y dificultosa subida, que gastó dos días en ella, hasta que después de inmenso trabajo se vió en lo alto, donde triunfó del demonio, derrocando sus estatuas de barro en que aquellos miserables indios le tributaban adoración. Había escogido Dios á este santo varón para obras de tanta gloria suya y para que venciese á este enemigo y encendiese á las almas con su palabra, tan abrasada del amor divino, y que moviese y enamorase los corazones de estos indios á la virtud, estando él tan adornado y ataviado de todas las virtudes.

La caridad la tuvo en tan alto grado, que por ganar las almas á Dios no dudaba de exponerse muchas veces á manifiestos peligros de la vida. Después de siete años que con mucho fervor se empleó en los ministerios de nuestra Compañía, enfermó tan peligrosamente en una Misión, que se tuvo por gran merced del Señor quedase vivo, aunque estropeado y todo un lado casi muerto mientras le duró la vida, y aun de esta suerte, era perpetuo en el trabajo del púlpito y confesonario é incansable en las Misiones continuas, con tal fervor y tesón como si fuera muy robusto y de salud muy entera. En este tiempo, ya que no podía celebrar, comulgaba cada día con singular devoción y ternura, porque verdaderamente resplandeció en él, junto con la pureza del alma, necesaria para la frecuencia de este divino pan, una perpetua hambre de este manjar divino. Y en sus ordinarias pláticas y exhortaciones, ninguna cosa encargaba más á los que á él acudían que la limpieza y puridad de conciencia para comulgar con provecho del espíritu; y como era tan encendido el afecto que tenía para con este Señor Sacramentado, eran sus palabras saetas que penetraban los corazones de los que le oían, y eficazmente los movían á su devoción. Y como la virtud de la caridad es reina y señora á quien todas las demás virtudes acompañan y siguen, así en este apostólico varón todas resplandecían con maravilloso concierto y armonía. Su humildad era tan profunda, que no había cosa tan baja á los ojos del mundo que él no la abrazase con sumo gusto; su mortificación y penitencia en el tiempo de su salud fué rigurosa, y aun el tiempo de sus muchas enfermedades (que duraron doce años) no fueron parte para dejar de ejercitarse en ella. No se supo que jamás pidiese cosa para su comodidad y regalo, ni en casa ni fuera de ella. Fué pacientísimo y de extremado sufrimiento, poniendo todo su estudio en mirar cómo no ser penoso ni cargoso á otros, llevando él con rara constancia las cargas ajenas, y esto era con tanto extremo, que llegaba á ser como insensible en sufrir incomodidades, peligros y trabajos, en especial

cuando andaba en las Misiones, para las cuales era pedido continuamente por su mansedumbre, afabilidad y raro modo en ganar las almas. Nacía esto de una admirable prudencia de que fué dotado, siendo tan único en tomar el pulso al natural, condición y talentos de las personas que trataba, que jamás se vió hombre público ni particular que de su trato se enfadase ó no se aprovechase de su enseñanza y consejos. Estos siempre se enderezaban y tenían por blanco la mayor gloria de Dios y bien de las almas, como lo había aprendido de Nuestro Padre San Ignacio; y así, las materias de su conversación eran espirituales y de Dios, dentro y fuera de casa. Su rostro traía siempre sereno y apacible, tanto que los doce años de su enfermedad, cuando era más fuertemente combatido de los dolores, estaba sin mudar semblante, y tan alegre como en el tiempo de su entera salud, pero qué mucho si era su trato con Dios en la oración, que es la fuente de consolaciones divinas, en la cual se estaba continuamente regalando sin que las ocupaciones, fatigas ó dolores le hiciesen dejar ni una sola vez la oración y los demás ejercicios espirituales á sus tiempos. Finalmente, aunque lleno de tantos merecimientos, no se contentaba con los de los trabajos pasados, sino que deseaba padecer más y más, hasta rendir en ellos gloriosamente la vida.

Deseaba morir en alguna Misión que fuese de provecho notable para las almas, y así lo había pedido á Nuestro Señor y su Majestad se lo concedió, porque habiendo el año antecedente á su muerte ocupádose en un partido de indios llamado Tepeoxuma, del cual aunque salió consumido y con mucho riesgo de su vida, lo volvieron á pedir con grande instancia, y aunque los Superiores dificultaban su vuelta, pero él se mostró tan pronto y fácil para ella, y puso tanto cuidado y solicitud en no faltar á esta obra de caridad, que no obstante los impedimentos é incomodidades que se le ponían delante al Padre Rector, la hubo de conceder, porque el P. Antonio del Rincón, con el celo grande de ayudar á las almas que ardía en su pecho, todo lo allanaba y con notable facilidad lo componía, y dejaba á todos tan persuadidos, que se echaba bien de ver que el espíritu del Señor le llevaba á aquella empresa. Llegó, finalmente, á la Misión, y viendo que la mies era muy abundante, pidió por carta le enviasen compañero para el remedio de cinco mil indios que tenía á su cargo, pero á poco tiempo después que hubo llegado le acometieron nuevos dolores, y reforzados los antiguos comenzó á sentirse peor y el trabajo le acabó de consumir las pocas fuerzas que le habían quedado. Quitósele totalmente la gana de comer, creció el desmayo, y echando de ver que se le acercaba la muerte, con grande alegría de su espíritu se dispuso para recibirla, por verse morir trabajando en Misión, como él lo había deseado. Recibió todos los sacramentos, comenzáronle á decir la recomendación del alma, y diciendo el sacerdote que le rezaba: *Pater de Coelis Deus*, y el P. Antonio del Rincón pronunciando con gran dulzura un alabado sea Jesucristo, que dejó impreso en las memorias y corazones de los circunstantes, dió su alma al que la crió para tan gloria suya y el siervo de Dios decía que la recibiera en sus manos, pues por sólo su amor moría, apartado de sus Hermanos y rodeado de aquellos indios, año de 1601. Fué grande el sentimiento que estos tuvieron de su muerte, y luego le comenzaron á venerar por santo, besándole pies y manos y vestiduras, y tocando á él sus rosarios, y á petición suya no le enterraron

aquel día, aunque los Padres que allí se hallaron daban prisa por ser la tierra muy caliente y donde brevemente se corrompen los cuerpos. El día siguiente fué el entierro con gran concurso de la comarca, y con singular devoción y consuelo extraordinario de los indios de verse con las prendas de un cuerpo santo. En nuestro Colegio de la Puebla se le hicieron el mismo día las exequias como de cuerpo presente de una alma que tanto agradó á Dios en esta vida mortal, dejando grandes prendas de la abundante gloria que le esperaba en la eterna.

CAPITULO XVIII.¹

FÚNDASE EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES OTRO COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y LAS CAUSAS QUE HUBO PARA ELLO.

Corrido habían los empleos, ministerios y frutos en que los de la Compañía se ejercitaban en la ciudad de los Angeles, con la prosperidad que queda escrita en los capítulos pasados desde el año de 1587 en que se fundó el Colegio del Espíritu Santo hasta el de 1625, que moviendo Dios el celosísimo ánimo por el bien público y aprovechamiento espiritual de las almas, del Ilmo. Sr. D. Alonso de la Mota y Escobar, Obispo dignísimo de la Iglesia Catedral de los Angeles, determinó fundar otro segundo Colegio, que tiene la Compañía en esta ciudad con el título de San Ildefonso, fundación verdaderamente insigne. Los motivos que este grande y prudentísimo Prelado tuvo para hacer esta nueva fundación y la Compañía para aceptarla, son dignos de que aquí se escriban, porque fueron graves y de mucho peso de parte de este insigne Prelado, porque en su vida siempre tuvo deseo de hacer un buen empleo así de los bienes que había heredado de sus muy nobles padres, como de los que después de haber repartido mucho á pobres le quedaban de las prebendas que antes de ser Obispo había gozado. Y habiendo premeditado por largo tiempo y aun años este intento y la elección de esta obra, y consultádola con personas muy graves, doctas y religiosas, finalmente, vino á resolverse hacer la fundación del segundo y nuevo Colegio que con título de San Ildefonso tiene la Compañía en la ciudad de los Angeles. Y el motivo que la Compañía tuvo para admitir esta fundación en lugar donde ya tenía fundado el otro Colegio fué, demás de verse obligada á reconocer un beneficio tan grande como el que le hacía el señor Obispo en esta fundación, entender también que con ella se le ofrecía comodidad para abrir nuevas escuelas de estudios mayores, y en ellos ayudar á la juventud más adulta y aprovechada en los menores de gramática que se lee y enseña en el Colegio del Espíritu Santo, el cual, por estar empleado en este ministerio, y en todos los demás que se ejercitan en nuestras Casas Profesas, de frecuencia de sacramentos, sermones, doctrinas, misiones, etc., no tenía comodidad ni capacidad para añadir escuelas de estudios mayores. Motivos y conveniencias eran estas á que se añadían otras de parte de la ciudad de no menos peso y consi-

¹ Faltan del XIII al XVII.

deración; estas eran que cuando los estudiantes que habían estudiado gramática y retórica, y habían aprovechado en esas facultades querían pasar á estudiar las mayores de Artes y Teología, les era necesario salir de su casa y de su tierra para ir á cursarlas á la ciudad de México, y sus padres muchas veces se hallaban imposibilitados para hacer ese gasto con sus hijos, de donde también se seguía que no pocas veces se malograban muy buenas habilidades é ingenios. Razones todas que considerándolas muy despacio el ilustrísimo y prudentísimo Prelado y Padre de la república de la ciudad de los Angeles, y ponderándolas muy de propósito, finalmente se resolvió en hacerle á ella este beneficio y á Dios Nuestro Señor un tan insigne servicio, y emplear en esta obra los bienes temporales que su Majestad le había dado. Habiendo, pues, comunicado esta su última resolución con el P. Juan Laurencio, Provincial que entonces era de esta Provincia, y con otros Padres graves de ella, sucedió que en este mismo tiempo viniese á gobernar este Reino el Excelentísimo Virrey Marqués de Cerralvo, con quien al pasar por la ciudad de los Angeles quiso también comunicar su pensamiento el Ilustrísimo al Virrey, que era persona de grande capacidad y gobierno, le alabó y aprobó grandemente la obra y prometió favorecerla de su parte cuanto le fuese posible, con que se hizo la escritura de dotación y de fundación, y la otorgó el señor Obispo y aceptó el Padre Provincial el año de 1625, día de su patrón y titular el santísimo Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, San Ildefonso, y día que tuvo por alegrísimo nuestro Ilustrísimo fundador D. Alonso de la Mota y Escobar, de muy esclarecidas virtudes dignas de memoria.

El dote que este piadosísimo Prelado dió para esta su insigne obra fué muy conforme á su magnificencia y grande piedad: lo primero, un edificio de casa muy amplia, é Iglesia muy hermosa que había mandado comenzar á fabricar con intento de que sirviese de hospital para curar indios enfermos, pero aunque tenía este pensamiento no se acababa de quietar su ánimo en él, porque quería Dios que esta obra tuviese empleo tanto más excelente cuanto lo es el cielo de la tierra, y cuanto excede el bien y aprovechamiento de las almas, á las fuerzas y salud de los cuerpos terrenos; pues en lugar de curarse cuarenta ó cincuenta indios enfermos, se sustentan los religiosos que son Ministros evangélicos, por medio de los cuales se están criando en virtud y letras doscientos mancebos que son la flor de la república, y muchos de ellos vienen á ser curas y pastores de innumerables almas de indios, cuidando de su salud espiritual; y así ninguna persona prudente de cuantas comunicó el Ilmo. D. Alonso de la Mota, dejó de aconsejarle y decirle que levantaría mucho de punto su obra aplicándola al Colegio de San Ildefonso, que Dios le inspiraba y le ponía delante á su consideración; además que para la cura corporal de los indios no faltaban otros hospitales que había en la ciudad de los Angeles. Razones por las cuales, finalmente, hizo donación muy liberal de esta casa con el templo, que aunque no estaba del todo acabada la casa, era muy hermosa y todo lo donó á la Compañía, añadiendo alguna cantidad de dinero para que se acabara y perfeccionara la obra, como se hizo. Demás de esto, dotó su Colegio el Ilustrísimo fundador, dándole para sustento de sus religiosos una muy buena hacienda para sementeras de trigo que él había fundado en el muy fértil valle de Atlixco, y él

miraba como bienes propios y patrimoniales. Y aunque tenía parientes muy nobles y cercanos, siempre retuvo y guardó esta heredad con intento de emplearla en lo que fuese de mayor servicio de Dios y beneficios comunes de los prójimos á que siempre atendía. Dotó más su Colegio con un censo de veinte mil pesos de principal, impuesto en los propios de la ciudad, que después se empleó en unos molinos de trigo que fueron de mayor utilidad temporal. Y á esto, finalmente, añadió otras alhajas y preseas para la Iglesia, de colgaduras, vasos de plata y otros preciosos ornamentos, de manera que se avaluó toda esta donación y fundación en más de doscientos mil pesos, porque el edificio de casa é Iglesia se apreció en más de ciento treinta mil.

Aunque esto no obstante, no quedó muy descansado el Colegio, por pleito que se ofreció en la cobranza de lo que dejó su fundador para acabar de poner en perfección la obra, de casa, Iglesia y clases para las lecciones de Artes y Teología, todo lo cual está hoy muy perfecto y acabado, y el Colegio de San Ildefonso en lo material es de los mejores que hay en esta Provincia, y en el crecido número de religiosos que lo habitan. Hay ordinariamente señalados cinco Maestros, con un Prefecto ó regente de sus estudios, de cuyos frutos y sujetos aventajados en virtud y letras, que en ellos se han criado y se crían, adelante se dirá, con que se echó de ver que fué del cielo la determinación que tuvo el Ilustrísimo Prelado de la santa Iglesia de los Angeles, y que en este Colegio y su fundación se le lograron los intentos santos que premeditó casi toda su vida, de hacer una obra que fuese de grande gloria de Dios y provecho de los prójimos, en que consiste la perfección. Y así no aguardó más Dios para llevárselo al cielo y premiar sus insignes obras y virtudes, sino que acabase de dar asiento á ésta que fué su principal corona. Porque pocos meses después con grande consuelo de su alma, habiéndola visto fundada, se lo llevó Dios al eterno descanso, de que nos dejó grandes prendas por medio de una muerte tan santa como en el capítulo siguiente se dirá. Por patrón de esta obra después de sus días, dejó no á sus parientes y deudos, aunque los tenía muy nobles y cercanos, sino al muy ilustre Cabildo de su Catedral, el cual quiso que el día de San Ildefonso en que este Colegio se fundó, fuese en procesión pública con su capilla y música, y asistiese á la Misa de este día, y que la candela de fundación que en ella se suele dar al fundador mientras vive, y á sus sucesores después de muerto, la recibiese el Dean ú otra de las dignidades que se hallase presente, y á los Prebendados y demás Ministros que fuesen en la procesión les dejó fundada amplia renta y competente á esta solemne acción. Tan grande como ésta fué la estimación que hizo de esta obra, y tan grande el gusto con que quedó de haber fundado su Colegio de San Ildefonso, que quiso que se celebrase todos los años con esta alegría, fiesta y solemnidad. A que añadió una condición en la escritura de esta fundación; ésta fué: que si algún año faltase el Cabildo de la santa Iglesia de los Angeles en hacer la dicha procesión solemne, y no fuese á recibir la candela de fundación de dicho Colegio con la solemnidad dicha, en tal caso, pasase el patronato y renta que al Cabildo dejaba, al mismo Colegio, y la candela se diese y ofreciese á la Imagen de San Ildefonso su patrón, con la misma solemnidad que se había de dar al Dean y Cabildo de la Catedral. A esta fiesta concurre todos los años con grande alegría el día de San

Ildefonso todo lo noble de la ciudad y pueblo, agradecido al grande beneficio que recibió de su santo Prelado y pastor, criándose aquí la ilustre juventud angelopolitana en aventajadas letras y virtud, y aunque esta grande obra y de tan esclarecido servicio de Dios ha padecido la tempestad y turbación que adelante se escribirá, pero como tuvo tan buenos fundamentos de amor de Dios y de los prójimos, los enemigos no la podían derribar.

CAPITULO XIX.

ESCRÍBENSE LAS EXCELENTES VIRTUDES
DEL ILMO. PRELADO D. ALONSO DE LA MOTA Y ESCOBAR,
OBISPO DE TLAXCALA,
EN LA CIUDAD Y OBISPADO DE LOS ANGELES.

Además de la obligación que tiene esta historia de hacer agradecida memoria de un tan ilustre, y de todas partes insigne fundador de uno de los principales Colegios que tiene la Compañía de Jesús en esta Provincia de la Nueva España, cual fué el Sr. D. Alonso de la Mota y Escobar, también sus muy señaladas virtudes nos ponen en obligación de dejarlas aquí escritas para edificación y ejemplo de otros excelentes Prelados que las quisieren imitar, y lo que escribiré de este esclarecido varón, parte será de lo que yo experimenté porque lo comuniqué no pocas veces, y otros Padres graves de nuestra Compañía; y parte será valiéndome de lo que de él escribe (en su teatro eclesiástico de las Indias) el cronista mayor Gil González Dávila, que como quien vió y leyó muchos papeles de las secretarías, de ellas pudo tener ciertas noticias de la estimación que se hizo en el Real Consejo, de talentos y virtudes con que resplandeció el admirable Prelado D. Alonso de la Mota y Escobar, de quien dice estas palabras el dicho cronista real: «fué varón de maravilloso ejemplo, y tan atento en seguir los pasos de la virtud, que su memoria en el mundo de la Nueva España se venera como de Obispo apostólico. Nació de nobles padres en la ciudad de México, crióse en los estudios de la Universidad de Alcalá y en ellos salió muy aprovechado, en particular en el de la escritura sagrada, que es ciencia y sabiduría propia de los Obispos de la santa Iglesia. Antes de ser Obispo fué Dean de las santas Iglesias de Michoacán, Tlaxcala y México. Después la Majestad del Rey Felipe II, informado (como lo solía hacer este prudentísimo Rey) de la vida y letras de D. Alonso de la Mota, le presentó para el Obispado de Guadalajara que entonces no estaba dividido del de Guadiana como hoy está,» y son muy de notar las palabras que el mismo cronista dice que escribió el Rey á la Santidad de Clemente VIII, cuando presentó á D. Alonso para este Obispado, que son estas: «tengo mucha satisfacción de su vida, ejemplo y letras y servicios particulares que ha hecho á las Iglesias donde ha residido y servido.» Palabras que escritas de un tan grande y prudente Monarca al que es supremo en la Iglesia de Dios, no acreditan poco la virtud y talentos de nuestro in-

signe fundador, y yo de propósito las escribo aquí previniendo desde este lugar la calificación de tan insigne Prelado y á cuyas disposiciones otro sucesor suyo se opuso, moviendo la persecución que presto se dirá, así contra la Compañía como muy en particular contra el Colegio de San Ildefonso, que el Ilmo. D. Alonso de la Mota fundó. Siendo Obispo de Guadalajara fué promovido para el Obispado de la ciudad de los Angeles el año de 1606, el cual gobernó hasta el de 1625, y esto con grande prudencia, vigilancia y cura pastoral. Viniendo á tratar en particular de las virtudes de tan señalado Prelado, la primera y muy propia de Obispos (que son los padres de los pobres) es la de la limosna, en que se esmeró y fué ejemplo de caridad tan grande, que apenas se puede hacer suma de lo que les repartió en vida y muerte; y pruébase esto, porque habiendo gozado casi 20 años de una renta tan pingüe cual es la del Obispado de los Angeles, que en aquel tiempo era de \$50,000, y hoy lo es de más de \$60,000, la mayor parte de esta renta se gastó en limosnas y obras pías, tomando para sí y para el sustento de la autoridad de su mitra, persona y familia, lo moderado no más. Un mayordomo suyo de mucha virtud y ejemplo, dió por escrito estas palabras: al Sr. Obispo D. Alonso de la Mota le valió más de novecientos mil ducados el Obispado, sin más de treinta mil que trajo de su patrimonio, y todo lo dió de limosnas y gastó en obras pías, y sólo gastaba nueve mil en su casa y familia en consagraciones de Obispos y otros expedientes que se le ofrecían. Dotó á muchas religiosas que entraron en conventos; cada mes y cada semana tenía señaladas cuantiosas limosnas á gente honrada vergonzante; la que hacía á los indios era extremada durante todo el año; y los años caros puerta franca en su casa, y en el patio montones de maíz y carne que les repartía. Muchos domingos por la tarde visitaba los pobres del hospital, y quería que se hallase allí el médico para que le diese razón de todo; consolábalos disponiendo que se les acudiese con todo regalo. Y él quiso morir tan pobre, que antes de espirar repartió todas cuantas alhajas le quedaban en su casa, hasta las de la cama en que murió, y habiendo dado de limosna un pabellón que le servía de cubierta en la cama, se lo pidió prestado, y como de limosna á quien se lo había mandado, hasta que acabase de espirar, desnudándose de todas las cosas de la tierra para entrar en el cielo; pero la obra en que mostró la grandeza de su liberal caridad, fué la de la fundación de su Colegio de San Ildefonso que donó á la Compañía de Jesús, empleando en ella todo lo mejor que poseía de bienes temporales, sin que le divirtiese el afecto de carne y sangre, ofreciéndolos á Dios con grande voluntad.

Otra virtud resplandeció en este grande Prelado en que singularmente se señaló: ésta fué una tiernísima devoción con la soberana Reina de los ángeles y Madre de Dios, y muy en particular con el misterio de su Purísima Concepción, y á esta festividad tuvo tan cordial afecto, que la dejó dotada con renta para que se celebrase con singular aparato y solemnidad en su Iglesia Catedral, y añadió dos cosas muy particulares á ésta su muy devota fiesta, que por ventura no se hallarán en otra alguna Iglesia; la una haber dedicado para ella una imagen de la Virgen toda de plata, de vara y media de alto, con su peana también de plata, cerco de rayos de plata sobredorados de notable hermosura y primor, cuya sola hechura de manos se apreció en